

me dolió; y lo que me puso más encalabrinado fué que estuvo todo tan mal urdido, que los enemigos fueron los primeros que se percataron de ello. Ya sabrá usted que «La Orquesta», el periodiquín ese de monos, publicó una caricatura en que Miramón y yo estábamos en traje de peregrinos, con calabazas al hombro y una leyenda al pie:

Al extranjero se va
Este par de señorones,
Uno en busca de instrucción
Y otro en busca de instrucciones,

aludiendo á mi destierro y á la comisión que á Miramón se daba para estudiar táctica ó no sé qué en el reino de Prusia...

VIDAURRI

(Para sí y lleno de terror.)

¡María Santísima! Este pecador no vuelve á Querétaro. Quiere vengarse de esas cosas que dice le hizo el Emperador. Estoy viendo á Maximiliano tendido y entre cuatro cirios. ¡Dios le tenga de su mano!

ESCENA DÉCIMA

La alameda de Querétaro. Cerca de un cañoncito de montaña se hallan HANS, PEPE BRAMBILA, MIGUEL OLIVOS y dos ó tres jefes de graduación inferior.

HANS

(Festivo y en buen castellano.)

Hoy estamos á doce de Mayo, y tenemos más de dos meses de estar sitiados. No sé qué vayamos á hacer, por más que no es dudoso que los republicanos al fin se han de adueñar de esta plaza. Quiera Dios que no se apoderen igualmente de la persona del Emperador.

BRAMBILA

En verdad, y esto quede para ínter nos, pues si lo supiera el *joven general* no dejaría de darme un disgusto, me alegro enormemente de la contingencia. Yo podría estar muy tranquilo gozando de un buen empleo en el terreno conquistado á los imperialistas, y en vez de eso me hallo comiendo carne de caballo en el recinto de la encantadora ciudad de Querétaro...

HANS

Te quejas de manera que parece que nada tienes que agradecerle á la suerte. Te aprehenden en las cercanías de Zacatecas, cuando la ciudad era tomada por Miramón, y lejos de que se te pasara por las armas, como tenías de-

recho á esperarlo, se te trae á Querétaro, donde te cuidan, te miman, te contemplan y hasta te dan de comer, cosa que no todos consiguen en los tiempos que corren.

BRAMBILA

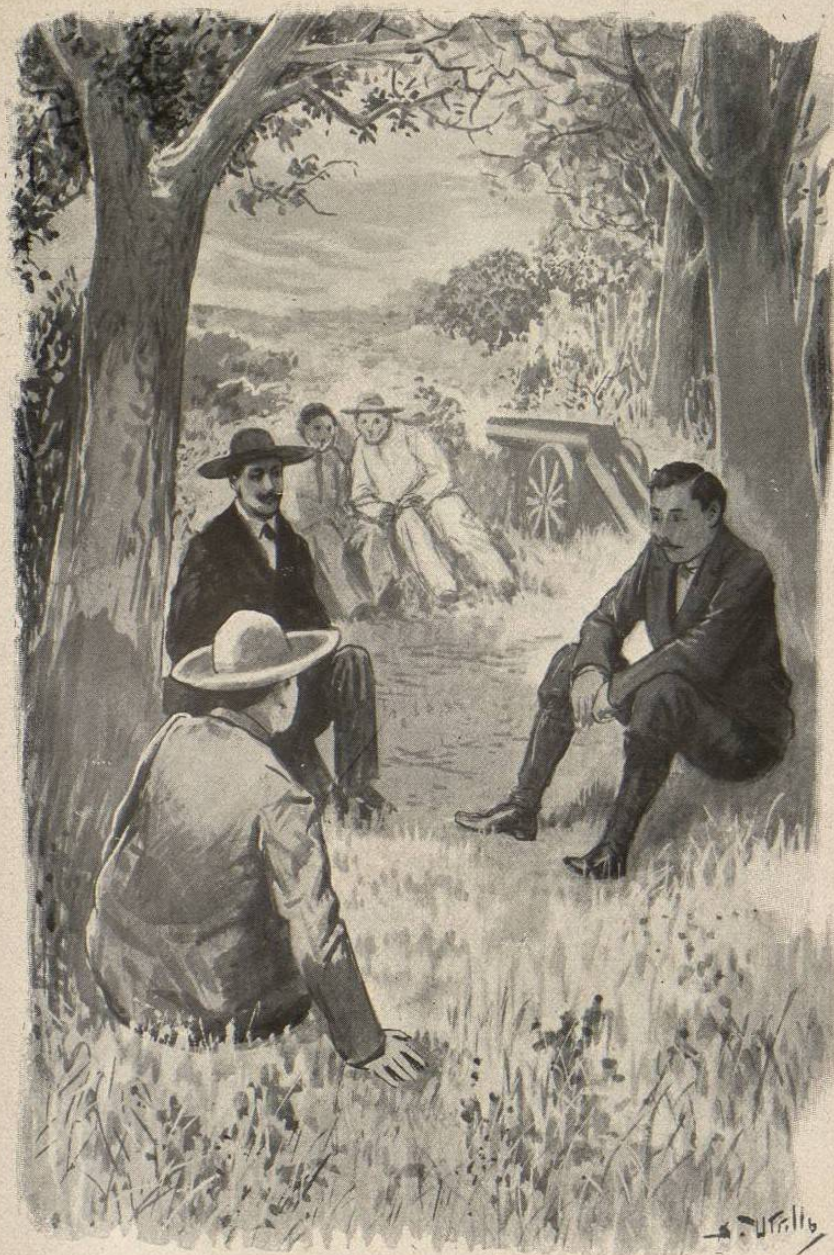
Si á eso nos atenemos, es claro que no me puedo quejar; salíamos de Zacatecas, donde el famoso don Miguel Auza se portó con una inercia que maravilla...

MIGUEL OLIVOS

Poquito á poco, mi querido Pepe, ó reñimos sin remedio. Yo he visto á don Miguel en su defensa de Puebla, y me consta que, lejos de ser un infeliz, como tú le llamas ó tratas de llamarle, es un excelente soldado. En Santa Inés fué el alma de la defensa y no hubo día, hora ni minuto en que no se batiera como león. Mi hermano...

BRAMBILA

En Puebla sería; más acá, probablemente porque era su tierra y no podía ser profeta en ella, el caso es que nosotros — digo el Gobierno — tuvimos noticias de Miramón ya que se hallaba en el interior de la población. En esos instantes los que organizaron la retirada, obrando



— Poquito á poco, mi querido Pepe, ó reñimos sin remedio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
19do 1625 MONTERREY, MEXICO

como era natural, pensaron en don Benito Juárez, en Lerdo, en Iglesias, en los que valían, y á nosotros, los de abajo, que nos mordiera un perro. Todavía me parece ver á don Benito montado en un caballo que le llamaban Relámpago, á don Sebastián en otro que le decían el Monarca y á Iglesias en uno que se apellidaba el Vapor. Lerdo, es cosa de risa, corría, corría desatentado y gritaba: « ¡que me coja Miramón, que me maten, que suceda cualquier cosa; pero que me bajen de este animal! ». Tu pobre amigo cogió como pudo un caballejo que vagaba por allí; pero ¡oh dolor! por tomar para la salida, tomó para la alameda de la población y en vez de salvarse de caer en manos del enemigo, se metió en la boca del lobo. Miramón se apresuró á mandarle como trofeo de victoria y le envió en compañía de los que venían á comunicar el resultado de la sorpresa de Zacatecas.

HANS

Que fué, por cierto, lo que acarreó tu salvación, pues donde el joven Macabeo te hubiera tenido á la mano después de la matanza de San Jacinto, la habrías pasado muy mal sirviendo de desagravio á los manes de Joaquín Miramón y de los numerosos gendarmes imperiales que cayeron en poder de Escobedo y fueron muertos por él... ¡Qué horrible matanza, Dios mío! ¡Mentira parece que se

llame partido organizado al que comete esos atropellos y realiza esas infamias!... El pobre Joaquín, deseoso de quitarse la mancha de cobarde que le arrojaban cuantos habían visto pelear á su hermano y con él le comparaban, se metió en lo más reñido de la acción, queriendo salvar un cuerpo que parecía muy comprometido. Salió herido de una pierna y su hermano le ordenó en repetidas ocasiones que se alejara del combate. Él se rehusó á obedecer, pues no quería dejar solo á Miguel en aquel trance; por fin, á instancias de éste, montó en una carretela, y ya se retiraba cuando fué alcanzado y conducido al patio de una hacienda, donde le determinaron que se dispusiera á morir, pues no había remisión para él... Estaba herido, y mal herido; sin embargo, no flaqueó ni se amilanó, y el mismo á quien tachaban nuestros enemigos de escaso de valor y de apegado á la vida, se mostró en su última hora como de seguro fué siempre: animoso, resuelto, sin temores ni contemplaciones de ningún género para sus inhumanos verdugos.

Ya había obscurecido, y como no era posible hacer blanco en el cuasi cadáver que se veía tendido y cubierto de sangre, se le mató á quemarropa; y los que se hallaban cerca se divirtieron en disparar sus pistolas sobre el infeliz Joaquín, que recibió nada menos que treinta y ocho tiros. ¿Se explican ustedes, después de esto, la proclama que dirigió Miguel á sus tropas?

UN CABO IMPERIALISTA

Pero lo que estuvo feo, jefecito, fué lo de los franceses en San Jacinto.



HANS

(Simulando un inmenso horror.)

¡Cabo, por Dios, no me hable usted de eso, que me siento afligido y disgustado!

OLIVOS

(Con indiferencia.)

¡Ah, sí! los desgraciados esos que cometieron la tontería de quedarse aquí después de la salida de sus paisanos.

HANS

Sí se quedaron, sí, se quedaron fiados en las leyes de la humanidad, en los principios de la humanidad, en las prácticas de la humanidad.

OLIVOS

(Reticente.)

¿Y qué diría usted, mi querido Alberto, si yo y el señor nos metiéramos á arreglar los negocios de su tierra de usted, y, so pretexto de que el gobierno del señor Badinguet nos parece detestable, tratáramos de hacerles aceptar uno más de acuerdo con nuestras opiniones ó con nuestros gustos?

HANS

¡Oh, el caso es distinto! Los pueblos civilizados ejercen una tutela indudable sobre los incultos... En el Extremo Oriente...

OLIVOS

En el Extremo Oriente lo mismo que en el Occidente remoto, lo que acontece es que los peces grandes se comen á los chicos; pero el día en que los pececillos de ruín ta-

maño lleguen á tenerle grande y que los otros envejezcan ó se destruyan, vendrá el desquite y vendrá la doctrina recíproca.

HANS

La raza aria; la raza aria *for ever*.

OLIVOS

¿Y acaso nosotros somos turanios ó amarillos para que se pretenda imponernos esa tutela que no solicitamos? Descendientes somos de gentes que valen, étnica é históricamente, tanto ó más que ustedes, y si tuviéramos que pedir protección, de seguro que no la solicitaríamos de quienes nos habían de traer, aumentados en tercio y quinto, todos los defectos y todas las máculas que poseemos desde nuestro origen.

HANS

Allá ustedes; el Emperador quiso evitar que les absorbiera el poder creciente de los Estados Unidos...

OLIVOS

¿Y por qué se toma vuestro Emperador un interés tan tierno por nosotros, que ya le hemos demostrado suficien-